

El *por cuantos vos mas solo*,
Que el *gratis* que yo ví ayer.

No habia entre tanto trage
Nada nuevo, por mi fé,
Que la invencion y las telas
Se morian de vejez.

Mucho moro con tohallas,
Mucho capote al reves,
Sábanas como llovidas,
Lentejuelas á granel.

Treinta colchas, ascendidas
A ser domínó, conté,
Y, porque ellos se llamaban,
Marineros mas de cien.

Harto ya de estar de punta
Sentarme determiné,
Que era buscar en la Corte
Vacante que pretender.

Tocaban á cada silla
Como unos cincuenta y seis,
Mas yo hallé á mis pretensiones
Quien las quiso proteger.

En una como banquetta
A una mozuel atisbé,
Y á ojeadas y suspiros
Conseguíla enternecer

Ella entonces esperando
Echar el anzuelo á un pez,
A mi cansancio y mi pena
Concedió asiento, y cuartel.

Embutíme allá á su lado
«Agradeciendo cortés
Esaño que á mi amor era
Para subir escabel.»

Y al irme así remontando,
Pensándome entretener,
Ved aquí que la arrebató
Para bailar no sé quien.

De resultas de su ausencia
Lado á lado me encontré
Con una contemporánea
Del patriarca Israel.

Vieja verde acicalada,
Retrato de Lucifer
En que Shakespeare pensaba
Cuando escribió su Macbeth.

Haciendo del distraido,

La espalda al punto la eché,
Mas no me dejó por eso
Aquella harpía cruel.

Porfó en charlar conmigo,
Y yó en callar porfíé;
Yo mono-silabizante,
Ella mico-pesadez.

—¿No bailas, máscara?—No.

—Pues es muy extraño.—Es.

—¿Estas fastidiado?—Sí.

—¿Pues que es lo que tienes?—

—¿Has venido tarde?—Oh! [Hiel.

—¿Cuántas horas hace?—Diez.

—Te se han figurado...—Ah!

—No habrás encontrado...—Pues.

—Vuelve aquí la cara.—¿Por?...

—Por si me conoces.—¿Qué!

—Hablas tan poquito...—Ps!

—¿Has cenado algo.—Té.

Y así en un cuarto de hora

Mas espantosos porté
Que á San Antonio hizo el diablo,
Sin ser santo como él.

En esto un majo maldito,

Que en lugar de calañés

Llevaba una alta corozá,

En pie se quiso poner.

Y dando aquel picurucho

Con grande fuerza á un quinqué,

Me ungió con cinco panillas

Sin ser obispo ni rey.

Yo que estaba hecho un vinagre,

Y ví el aceite llover,

Convertido en ensalada

Por ensalmo me juzgué.

Con esto el volcan de rabia

Llegó su erupcion á hacer,

Y furioso como un tigre

A la calle me lanzó.

Llego á mi casa furioso,

Llamo una y otra vez,

Mas ni por esas despierta

Mi bruto criado Andrés.

Así me tuvo en la calle

Hasta que al amanecer,

Por que un vecino salia,

Quiso Dios que yo me entré.

SOMOZA

(DON JOSE) (1).

Don José Somoza nació en la villa de Piedrahita, provincia de Avila, en 24 de octubre de 1781. Fueron sus padres don Ignacio de Somoza Carbajal y doña Juana Muñoz Barrientos, los cuales, cuando su hijo llegó á la edad de seis años, fueron á establecerse á Salamanca para estar á la vista de la educacion de aquel y de otro hijo mayor que ya estudiaba la filosofía en aquella universidad. Pero ni su virtuosa madre que murió cuatro años despues, ni el desconsolado padre que la sobrevivió otros seis, pudieron ver fruto alguno de la educacion esmerada que habian procurado á don José Somoza: era desaplicado y aun vicioso, se acompañaba con la gente mas perdida, vestia traje de torero y sus menos culpables pasatiempos eran la esgrima y el juego de pelota; por fortuna no tuvo aficion á las naipes y hoy es el dia que no conoce la marcha de ningun juego de cartas, pero habia abandonado varias veces la casa paterna y aun corrido algunas ciudades de España en compañía de estudiantes de la tuna. Nada le habia aprovechado un instruido y virtuoso ayo que habian puesto á su lado, nada la sociedad mas escogida que se reunia en casa de sus padres, ni la que por el verano traía la duquesa de Alva al palacio de Piedrahita; y el recto y justo don Manuel Quintana, que le habia conocido en Salamanca, ha confesado despues que estaba persuadido á que pereceria en un cadalso el Somoza á quien él hoy quiere tanto como se ve por la dedicatoria de las poesías castellanas. La horfandad en que se halló á los diez y seis años cambió total y repentinamente sus costumbres. Dejó la universidad y se vino á vivir con su hermano á la casa paterna en Piedrahita. Se encerró en la escogida librería de su padre donde, ayudado de lo poco que habia aprendido de las lenguas extranjeras, se entregó á la lectura, á la meditacion, al verdadero estudio y á la soledad con tanto ardor y pasion como antes se habia dado á los desórdenes. Así vivió hasta la edad de veinte años sin que turbase su tranquilidad otro incidente que la célebre causa que la inquisicion formó á los señores Cuestas de Avila en que le hubieran envuelto, sin la actividad y proteccion de la duquesa de Alva que le

(1) Los siguientes apuntes biográficos, redactados por el mismo interesado y enviados á un amigo suyo y mio residente en Madrid, para que me los comunicase, me han parecido tan originales y tan característicos que no he querido desfigurarlos ó alterarlos en lo mas mínimo. Hacen ademas tanto honor al señor Somoza la naturalidad y el candor con que habla de si mismo en estos apuntes y lo que luego añade la persona que me los ha dirigido en la carta que los acompañaba, que no he podido resolverme á mudar nada en aquellos ni en esta.

queria extraordinariamente. Entonces pasó á Madrid y fué bien recibido de los antiguos amigos de su padre que se complacian en ver la diferencia y enmienda que habia en su carácter y conducta; ni les pareció tan ignorante en las letras ni en las artes como le habian juzgado. Goya aplaudió alguna vez las caricaturas que hacia enredando con el lápiz ó la pluma en su estudio, y el severo Jovellanos soltó alguna vez la risa oyendo las canciones picarescas que cantaba á la guitarra, porque hacian un contraste singular con el sombrío y melancólico carácter que mostraba Somoza en su semblante. Lo que no pareció bien á ninguno fué su obstinada manía de no tomar carrera ni fijarse en Madrid siendo su única pasión las letras y artes, y que prefiriese el campo un hombre á quien no gustaba ni la caza, ni la pesca, ni la agricultura ni el manejo de su casa ni los pleitos y chismes de lugar. Pero él, á pesar de todos, dejó á Madrid y volvió á Piedrahita y continuó viviendo como queda dicho hasta el año de 1808, primero de la guerra de la independencia. Entonces tomó las armas y aunque tuvo que dejarlas pronto por no abandonar á su hermano enfermo y á su hermana viuda, eran tan conocidas sus ideas que los franceses le atribuyeron la sublevacion del pais y del regimiento real extranjero compuesto de suizos al servicio de España que habian jurado á José, y despues en Piedrahita se insurreccionaron desertándose mas de doscientos á Ciudad-Rodrigo. Somoza fué presentado al general gobernador de Avila (padre del célebre poeta Victor Hugo) quien al verle herido de un bayonetazo en un muslo (porque en efecto habia hecho resistencia) se contentó con exigirle palabra de no tomar las armas ni ausentarse de la provincia, lo que cumplió fielmente; mas no por eso dejó de padecer persecuciones, prisiones y multas en toda la serie de la invasion francesa. Melendez, que habia sido su maestro, y el conde de Cabarrús, amigo de su padre, se empeñaron en favorecerle con la mejor fe del mundo. Fué nombrado subprefecto, pero renunció y el ministro Almenara en el oficio de admision de la renuncia le dice: *Su magestad espera de usted que sea en adelante un súbdito tranquilo y obediente á los reales decretos.* Tambien le habian llamado los amigos que estaban en Cádiz, pero él no se movió del lado de su hermano enfermo hasta que el gobierno constitucional fué á Madrid; entonces hizo un corto viaje á aquella capital. Nada tuvo que sufrir en la reaccion política de 1814, hasta que una carta del Arcediano de Avila Cuesta, emigrado en Paris y dirigida á él, fué interceptada y presentada al ministro Lozano de Torres. Su casa fué allanada, sus papeles registrados y él llevado en arresto á Madrid; pero se sobreesayó en la causa por no resultar complicidad alguna de parte de Somoza. En 1820, restablecido el régimen contitucional, fué nombrado jefe político de Avila y aunque renunció, S. M. le repitió la orden de ejercer el destino al menos hasta que se verificasen las primeras elecciones de diputados á Córtes. Realizadas estas á los seis meses, repitió la renuncia, y no siendo admitida, se marchó á Madrid

en donde su dimision fué al fin aceptada por el ministro Argüelles, que le condecoró al admitírsela con la cruz de Cárlos III que jamas quiso llevar, diciendo que le era vergonzosa una condecoracion dada por un ministro que no tenia ninguna. — Al caer la constitucion en 1823, fué preso y llevado de Piedrahita á Avila á la cárcel pública, cárcel que él habia hecho mejorar siendo jefe político; pero eran tantos los presos cuando él y su hermano entraron, que no les tocó otro albergue que la carbonera del edificio. De allí salieron á los cuatro meses. Su hermano habia cegado y él habia contraido un penoso mal de piedra, y no fueron por cierto de los peor librados entre los que salieron de las garras del cura Merino. Otra causa militar le formó posteriormente el general San Juan, de Badajoz, pero tampoco tuvo otras resultas que la de una prision dilatadísima. En 1834 fué nombrado procurador á Córtes por Avila, y en 1836 diputado por la misma para las constituyentes. En 1838 no pudo ser senador porque no tiene la renta. Siempre ha vivido soltero y no porque aborrezca á las mugeres. Siempre ha estado en compañía de su hermano mayor don Juan Somoza que murió en 1829, y desde entonces sigue en la compañía de su hermana doña María Antonia de edad de setenta y tres años. Reside y es vecino en Piedrahita habitando la casa y el cuarto en que nació cincuenta y ocho años hace, lo cual tiene él á gran felicidad y mira como prueba de que las revoluciones de este medio siglo no son tan destructoras como las de otros tiempos. Tiene escrito bastante en verso y prosa, pero solo se ha impreso un cuaderno de poesias en Sevilla publicado por don José Nuñez en 1832; otro por don Manuel Calero, en Madrid, en 1834, y un suplemento á los dos por el mismo Calero en 1835. En prosa solo hay impresas las *Memorias de Piedrahita* dedicadas á su ahijada doña Ramona del Acebal y Arratia, impresas en 1837 y repartidas á sus amigos, lo mismo que la *Carta sobre el duelo* impresa en el año de 1839. —

(Hasta aqui los apuntes: sigue la carta de Don V. de M. en que los he recibido.)

» Lo que antecede es copia de un borrador que me ha remitido el señor don José Somoza que, como usted verá, no se hace mucho favor. Le volví á escribir si no tenia algunas acciones buenas que le sirvieran de piropos y á eso me contestó que algunas tenia, pero que esa parte no le tocaba á él. Mas yo que conozco á un íntimo amigo suyo que sabe tan bien su vida casi como él mismo, le he hablado sobre esto y me ha dicho lo siguiente:

Somoza cedió una capellanía de sangre que poseia, como hijo segundo, á un sacerdote pobre para que mantuviese á su madre, criada de su casa en su infancia. Otra accion y mejor fué salvar la vida y dar asilo oculto en su casa á un caballero maestrante con quien su familia estaba en pleitos y mortal enemistad desde el tiempo de sus padres, y á quien en el año de 1808 buscaba una partida de guerrilla en Piedrahita para asesinarle.

Cuando por muerte de su hermano don Juan heredó lo vinculado, repartió entre sus sobrinas la mayor parte de lo libre que consistía en una cabaña lanar, diciendo á los que lo juzgaban imprudencia, que el querer ser muy rico le parecia tan absurdo como el querer ser muy gordo el que tiene unas carnes regulares.

Desde 1834 que salió de las cárceles y de las persecuciones no solo ha perdonado sino protegido á todos sus delatores y dañadores; no solo como alcalde cuando lo ha sido, sino como vecino influyente de Piedrahita, á cuya circunstancia da él bastante importancia y por lo tanto se debe hacer mencion de ella en su biografía.

Por último, si se quieren elogios no hay mas que copiar la dedicatoria del señor don Manuel Quintana porque á mi juicio nada es mas honorífico que lo que aquella dice. »

I.

MEMORIAS DE PIEDRAHITA.

(Fragmento.)

Hay en este pueblo un bobo que llaman Épitaño, parecido al *Quasimodo de Notre Dame de Paris*, y es campanero tambien y enterrador ademas. Ayer al ponerse el sol, le encontré en los cuatro arcos del convento de Santo Domingo, estramuros de esta villa. Me saludó y siguió su camino; pero diciendo en voz alta: « Los señores de la junta quieren hacer cementerio la iglesia vieja de los Dominicos... como se la quemó el techo cuando los franceses, y tiene buenas paredes... y está en alto... y la da bien al aire... dicen que allí se ha de hacer; pero no saben ellos como yo lo que pasa: está toda ella minada de conejos: la otra tarde el podenco de mi hermano entró tras uno, y se puso á escarbar debajo de los túmulos de los fundadores, y sacó una quijada de los señores duques. »

Esto me hizo recordar el tiempo en que yo solía ir á aquellos túmulos tan antiguos y tan prolijamente labrados, en particular las almohadas en que reposan los bultos de los primeros duques de Alba, con sus armaduras y ropas del siglo XIII. Quise pues ver lo que había quedado de aquellas esculturas despues de tantos años de acontecimientos. Los arcos de las bóvedas del templo, que era espacioso y alto, se conservan. Atravesé por ellos entre escombros, y me acerqué á los sepulcros. El menos deteriorado es el de don García Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja, anterior al primer duque. Con él está allí enterrada doña Costanza Sarmiento, su esposa; y la escultura que la representa se halla casi íntegra. ¡ Qué soberbia! ¡ qué orgullo manifiesta su trage y su semblante! ¡ Pero... mentira todo!... unas hojas de malvas que han nacido bajo de su cabeza azotan impunemente sus mejillas al soplo del viento!... una araña ha tendido su tela en medio de sus dos pe-

chos!... y mi mano ha medido su garganta, sin temer que el señor de horea y cuchillo mande clavar mi cabeza en el rollo que existe todavía sobre un alto peñasco del berrocal... ¡ Qué sosiego!... ¡ qué paz y qué silencio guardan hoy estos héroes de mármol, cuyas largas y toscas espadas otras veces oprimieron á los pueblos y á los reyes! Recorria en mi mente nuestra historia desde el primer señor de Piedrahita, don Alonso de la Cerda, el desheredado por el rey, su primo, que estinguió los templarios y que murió emplazado por los Carvajales. Veía luego pasar el señorío á poder de Fernando Alvarez de Toledo, entregando al rey Enrique la ciudad que tenía por don Pedro. Su nieto era elevado á conde de Alba, y condenado luego á vivir en prisiones; mientras su hijo don García se hacia fuerte en este castillo, declarando guerra al rey y á don Alvaro de Luna. En fin, su descendiente don Fadrique, sucesor del primer duque, sobreviviendo á su hijo, muerto en Jelves por los moros, educaba á su famoso nieto don Fernando,

Porque el gran duque de Alba aquí nació. A este templo en que ahora estoy vendria él, hace trescientos años. Aquí veria estas mismas imágenes de sus ascendientes, guerreros todos, todos implacables. Desde esta ventana gótica, cuyos dos medios arcos puntiagudos sostiene una columna salomónica, veria el estenso valle de Corneja, donde es fama se ganó la batalla de tres dias por el conde Fernan Gonzalez contra Alhagib Almanzor, casi nueve siglos hace. Si volvía la vista á mediodia veria el monte de la Jura, donde los caballeros pobladores de Avila hicieron el solemne juramento de no restituirse á sus hogares hasta haber arrojado á los moros de toda Castilla. Mas acá, y dominando sobre el valle, la poblacion de Piedrahita, con sus antiguas murallas y almenas coronadas de oscura yedra. Su parroquia, palacio que fué, cedido por la reina Berenguela. Sus calles, por cada una de las cuales corre un abundante arroyo para regar los llamados vergeles, jardines interiores de las casas. Las casas espaciosas, aunque de piedra tosca, de los Pecellines, de los Velez, de los Castros, de los Ivan-Grandes y otros nobles pobladores de esta villa, cuando lanzaron de ella á los árabes. Todo esto pudo mirar desde esta ventana el joven duque que aquí se criaba para ser el azote de los pueblos de Flándes: ¿ No se puede ser grande, y pacífico? ¿ Ganar gloria, sin ser conquistador?

Esto meditaba yo saliendo de aquellas ruinas y bajando la escalera de piedra que conduce á la villa. Llegué á casa de noche, y entrando en mi cuarto oí la voz de una vecina nuestra que estaba de visita con mi hermana en el cuarto inmediato. Esta señora, de mucha edad, que estimó mucho á mis padres y abuelos, existe de lo pasado, hablando mucho y siempre de sus tiempos. ¿ Quién habia de creer, decia, que durase tan poco este palacio, que el duque viejo construyó en nuestros dias?... ¿ Usted no alcanzó al duque viejo? ¡ Qué genio tan maldito dicen que tenia! y vea usted... se

viene aquí cuando cayó de la gracia de Carlos III; hace esa obra suntuosa para pasar el resto de su vida, y apenas le permite el rey volver á la corte, se marcha, y deja palacio, jardines y bosques de caza; y creo que no volvió mas!... Oí contar á mi suegro, que Dios haya, que el padre del señor don Juan Vinagre, cuando fué procurador general, defendió al pueblo contra las terquedades de S. E., y cuidado, que Vinagre tenia el genio como el nombre; y dicen que le daba en la cabeza al duque si los vecinos le hubieran ayudado: pero sí... fíese usted de los pueblos... sucedió lo que siempre. La nieta, la duquesita era otra cosa. Esa si que podía llamarse una señora. Aquí se crió desde niña: ¡pero qué corazón!... ¡Cuánto bien hizo á este pueblo!... Bien que en todos sus estados hacia lo mismo. Oí decir mil veces á su administrador Luna: «Si cualquier labrador la pone un memorial pidiéndola una res, es preciso decirla en el informe que no es muy necesitado para que no le dé una yunta entera.» ¡Y qué bonita moza la conocí yo! ¡qué viveza! ¡qué alegría! Sobre todo, ¡qué pelo tan hermoso! El año despues de haberme yo casado fui un día á visitarla, y se estaba vistiendo: ... no es ponderacion, señora, á los pies la llegaba... Y como era tan afable, y de tan buen humor, me acuerdo que me dijo: «Amiguita de mi alma, si escrupuliza usted de verme desnuda, con el pelo me tapo.» Ella seria lo que quieran, Dios la haya perdonado, pero para sus pueblos no pudo ser mejor.

La charla de esta vieja iba siendo para mi sumamente interesante; pero la interrumpió de repente diciendo á mi hermana: «Usted doña Maria Antonia se enternece demasiado hablando de la duquesita... ¡Cuánto la queria á usted!... Pero hablemos de otra casa. Me parece que he sentido á su hermano de usted en su cuarto.» — «Don José, venga usted á hacernos compañía.»

Fuí en efecto; pero no fué posible volver á meterla en la conversacion. Comenzó á hablar de sus males: y que ella no habia sido de provecho desde el año de ocho: desde el dia en que entró el Empezinado con los primeros franceses presos, y luego cuando el saqueo de los dragones, y cuando ahorcaron al fraile; y cuando Soult puso aquí su cuartel general; y cuando llevaron en rehenes al que esté en gloria; y cuando la guinea de la Niña, y cuando cayeron la lápida. Yo la interrumpí diciéndola que estaba muy buena; y que si habia pasado malos ratos, los habria pasado tambien buenos. Que si no habia bailado con franceses, alemanes, italianos, ingleses y polacos, seria porque no habria querido. Y que podia alabarse de que habia visto pasar por bajo de su balcon tres revoluciones integras. Y que todos habiamos padecido, y lo dabamos por bien empleado, pues podiamos contarcelo á los nietos. Y que la revolucion nos habia acusado el viajar por paises extranjeros para instruirnos, puesto que en pocas leguas de circunferencia habiamos visto reunidos los principales personajes de

Europa, á Napoleon, José, Murat, Wellington, Ney, Masena, y por último al duque de Angulema. Mire usted, la dije, ha de saber usted que una vecina nuestra tiene hoy dia á su ventana un tiesto de luisa que nació cuando la república francesa. Y cayó la república; pero la luisa, fresca. Mandó Napoleon, y fresca la luisa. Se coronó emperador, apaleó al universo, perdió la corona, la volvió á agarrar, volvieron á quitársela, y murió en un encierro; y el tiesto, con la luisa permanente. El famoso Alejandro de Rusia triunfó de Napoleon; pero hace dias que se le llevó Dios; y el tiesto, con su luisa siempre en pie. Falleció Luis XVIII, y Carlos X ha perdido su trono; pero el tiesto de la luisa con mas raices que nunca. En fin, señora, estoy viendo que el tiesto de luisa de nuestra vecina dura mas que la gloria de nuestros héroes, y los imperios del mundo en el dia. Entonces dijo mi hermana, volviéndose hácia mi «Pues te sucede lo que al tiesto de luisa; en tantos años de revolucion no has mudado de sitio, y vives en el tiesto en que nacistes. En ese corredor que da sobre el jardin te estuvimos lavando y envolviendo. Ademas, esta casa en que naciste y vives es la misma en que padres y abuelos vivieron, y la mesa en que comes, la misma en que comieron, de la misma cuchara y del tenedor mismo de que se sirvieron es del que te sirves.» Eso, la respondí yo, es muy consolador, hermana mia, y ademas prueba nuestra poca aficion á las modas. A poco rato se despidió la señora, y yo me quedé pensando en su conversacion y en la hermosa y benéfica duquesa de Alba, que á juicio de la vieja valia mas que sus antepasados, y que yo habia conocido venir tantas veces á este su palacio saqueado y destruido desde el tiempo de la guerra de la independenciam. Me acuerdo que en el dia 22 de noviembre 1811 entré en sus jardines por la puerta de hierro, que ya no existia. Por el puente eliptico llamado de las azucenas bajé á la calle de los grandes chopos. Las fuentes ya no corrian: el gran estanque estaba encenagado, y habia cesado el murmullo de la casa de agua. Subí las gradas, que no eran ya sino un monton de sillares desencajados, y me estremeci al hallarme en el salón del palacio. Allí donde habian sido los conciertos, las risas, la concurrencia de los mejores ingenios y talentos de España (1), ya solo se escuchaba el roer de los insectos que carcomian los techos, y el bramido de los vientos que, entrando en los subterráneos, hacia retumbar bajo mis pies el pavimento. Este ruido se aumentaba con el de las aguas que de las cañerías reventadas corrian estrepitosamente á precipitarse al rio por la ancha alcantarilla del dique. Al resplandor de la luna recorrí las demas habitaciones, todas desmuebladas. En una de ellas el busto del duque, derrocado de su pedestal, tenia la frente en el polvo!!!... ¡Qué reflexiones escitaba

(1) Aquí estuvieron Melendez, Bails, Condado, Iglesias y mil otros en vida de la Duquesa y despues de su muerte; pero antes de la destruccion del palacio estuvieron tambien Goya y Quintana, y aquí compusieron ó imaginaron algunas de sus obras.

este mármol desfigurado!... Mando, dominacion, ruina, cadalsos de Flándes, lagos de sangre, sombras enlutadas de Egmont y de Horn, sollozos ahogados de la multitud!... El cabello se me erizaba, y un impulso irresistible precipitaba mis pasos. Buscando la salida atravesé la pieza del baño, y allí una idea mas dulce sucedió á las anteriores ¡Amable duquesa ¡ Jamas tu semblante inspiró sino placer!... tus manos se emplearon siempre en distribuir beneficios... ¡belleza!... ¡beneficencia!... ¡qué títulos!... y sin embargo no gozas el sobrenombre de grande como algunos de tus progenitores. La impresion del terror es duradera y profunda; la del bien en el vulgo y en la corte dura lo que el olor de las hojas de rosa, arrojadas al cauce de un molino.

II.

MI PRIMERA SENSACION BENÉFICA.

(Fragmento.)

A los diez años daba yo malas muestras de mi persona, y mis travесuras eran menos inocentes que las de los otros niños. En el tiempo de los nidos, corria los campos, trepaba á la copa de los mas altos álamos, escalaba las puntas de los riscos cubiertas de hiedra, penetraba los bosques mas sombríos: ni perdonaba, como los otros chicos, á la alegre golondrina, que habita en el hogar del labrador; antes bien acechaba la ocasion en que estos acudian á sus labores para abrir sus ventanas ó sus puertas, coger los pajarillos, ó quebrar los huevos y destruir el nido. Las mugeres me trataban de sacrilego, y solo toleraban estos atentados por consideracion á la bondad y á las virtudes de mi padre. Un dia me fui armado de un larguísimo varal á caer el nido de la golondrina que criaba en el techo del portal de la casa de ayuntamiento, y para que la pájara no se me escapase cerré, aunque con trabajo, las altas puertas de la calle; mas la pobre avecilla, despues de haber volado en torno de sus hijos, se me escapó por una reja baja de donde salia un débil resplandor de luz artificial. Fui á asomarme alzándome en las puntas de los pies, y vi un lóbrego calabozo de donde se exhalaba un olor fétido, y se escuchaba ruido de cadenas, acompañado de bajos y lamentables suspiros. Sorprendíome esta triste mansion, y mas cuando senti una de mis manos que tenia apoyada en la reja, cogida y apretada por otra mano áspera y sumamente ardiente. Quise huir, mas no pude desasir mi mano. Entonces se presentó á la reja un semblante descarnado y pálido, casi cubierto todo de una barba espesa y cana. Salieron de sus labios trémulos palabras, entre las cuales pude distinguir: «No temas, » hijo, soy un pobre preso (1).» El temor que me crizaba el pelo

(1) La cárcel de Piedrahíta está en el piso bajo de la casa Ayuntamiento.

no me impidió buscar en mis bolsillos, con la mano que tenia libre, un real de plata que era mi caudal, y alagársele á aquel espectro. Pero él asiéndome tambien de aquella mano me dijo: «No... » no..., es menester que me salves la vida.» Mi situacion no era muy cómoda, porque el buen hombre tirando de mis brazos para acercarme á si, me obligaba á apoyar la frente contra la reja, pero la curiosidad y la compasion me la hacian tolerable. «Soy un » pobre anciano abandonado en este calabozo por una muerte » acaecida en un pinar de esa sierra, y mi inocencia sola no me » libraré á lo menos de perecer de frio y de mis achaques si me » coge otro invierno en esta cárcel. Mira, hijo mio, en tu casa » está, segun he sabido, el señor don Juan Melendez, oidor de » Valladolid; cuéntale mis miserias; que me atienda; que estoy » con calentura hace seis meses; que me haga el favor al menos » de que se me ajusticie prontamente.» El infeliz comenzó á sollozar y yo igualmente, sin tener ya miedo, ni acordarme de la golondrina. Eran cosas mas serias las que debian ocupar á un hombrecito que podia ya salvar la vida á otro. Lleno de estas reflexiones, hablé, lloré, conmoví; me acuerdo que mi padre exclamó abrazándome: «¡Ay si viviera tu madre!» Don Juan Melendez era muy sensible. Vió al preso, se informó de la causa, le halló inocente y le ofreció su apoyo. Yo no cabia de gozo, me veia acariciado y fuera de un pupilage en que me habian metido por travieso. Pasmábame el que ser bueno fuese tan fácil y tan agradable. Tres meses habian pasado desde que Melendez habia llegado á la chancillería, y mi preso caia en una melancolia, de que ni mis socorros ni mis consuelos podian sacarle, cuando un dia recibí mi padre carta con copia de la favorable sentencia.

¡Yo que lo oigo! sin decir nada á nadie, sin buscar el sombrero, (nevaba fuertemente con ventisca), plántome en la calle, corro á la cárcel, me empino á la reja, y grito como un loco: «Tío Moreno, ya está V. libre.» Esta imprudencia causó el afecto que era natural; el anciano cayó redondo en tierra, dando con la cabeza en el poyo de la ventana. Por fortuna mi buen padre, sospechando el motivo de mi salida, habia venido á buscarme, y por su orden fué socorrido prontamente el preso. Este de allí á pocos dias salió de la cárcel y pudo pasearse por el pueblo, llevándome en brazos siempre á la taberna, al juego de pelota, al tiro de barra, y á todos les decia: «¡Este es el ángel que me ha librado!» Yo le quise mucho, como que le debia los mejores ratos que habia experimentado; y le socorri hasta su muerte, que no sucedió sino algunos años despues, sin que los muchos que han pasado hasta el dia me le hayan hecho olvidar. Siempre que miro en un techo un nido de golondrinas, suspiro por el tío Moreno; pero este suspiro mismo no carece de dulzura.

Cuando algun fátuo, en Madrid, me pregunta con desden cómo puedo vivir entre las peñas, casi que me da gana de contarle este

caso, y hacerle comprender que la felicidad no solo habita allá en los coliseos, en las concurrencias, ni aun en las bibliotecas espaciosas: se la suele encontrar, aun sin buscarla, hasta en la reja de una triste cárcel!

III.

USOS, TRAGES Y MODALES DEL SIGLO XVIII.

(Fragmento.)

El siglo XIX en que hoy vivimos ha ocasionado tal revolucion en nuestros trages, usos y costumbres, que es necesario para comprenderla haber visto ú oído muy por menor el método de vida que observaban las gentes en el siglo anterior, que tuve la fortuna de alcanzar.

Apenas un caballero se levantaba del lecho, ya se le estaba esparando para hacerle la barba (porque ningun español se afeitaba á sí mismo): esta operacion era entonces mas dilatada que en el dia, en que dos tercios de cara se quedan sin rasurar. En seguida de este afan comenzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, ensebar, freir y empolvar la cabeza. Acto continuo principiaba el prolijo trabajo de vestirse, que no le finalizaban los mas diligentes en menos de tres cuartos de hora: tantas eran las piezas de sus atavíos, y tantas las hebillas con que se ajustaban, desde la que apretaba el corbatin hasta las que sugetaban el calzado. Terminada por fin esta faena, nuestro hombre ceñía su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero, y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie á cuerpo gentil y la cabeza descubierta. Si caminaba á pie era con suma precaucion y tiento, para librar del polvo ó de los barroes la media de seda blanca y el zapato á la mahonesa. Conoció un militar que adquirió extraordinaria consideracion y fama porque atravesaba á Madrid en invierno sin enlodarse. Y no era extraño que tal cualidad fuese envidiada, porque el correr las calles no era empleo limitado como ahora á los que tienen agencias ó negocios. El mas independiente de los hombres tenia los indispensables deberes de un ceremonial distribuido con tal exactitud y precision, que no habia dias de holganza. Se daban pascuas tres veces al año: se felicitaba á todos en el dia del santo de su nombre y en el aniversario de su nacimiento. Faltar á una enhorabuena ó á una misa de parida era bastante para que dos familias se enconasen. El mas corto viage no podia emprenderse sin una despedida general, que tenia su paga al dia siguiente, y se repetia á la vuelta con nombre de bienvenida. En las festividades de los santos cuyo nombre mas abunda, un extranjero que entrase en cualquier ciudad ó villa la hubiera juzgado envuelta en una conmocion politica ó en un incendio. Las gentes todas corriendo azoradas se encontraban, se impelían gritándose y estorbándose. Habia in-

felices que se caian muertos de cansancio y despecho por faltarles el tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitarse y vestir á sus parroquianos. Tal era la sociedad en estas solemnidades. Pero hablemos de los dias ordinarios. A la una se comia, y se comia mas que ahora, pero era necesario mas habilidad para saber comer que para saber ganarlo. Habia unos cucuruchos de carton para adaptarse encima de los vuelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos era nulo mientras estaban rodeadas de tales adornos. Se habian inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan complicada y singular como las que habia que usar para dormir la siesta, costumbre general y tal vez útil en nuestro clima. Yo vi al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar en la almohada sino con la frente, para no descomponer los bucles.

Porque solo á las personas que no habian de concurrir despues á grandes tertulias les era lícito prescindir del peinado y recogerse el pelo en una redcecilla. Estos salian embozados en una capa de grana, pero no mas aptos para pasear en el campo, porque la media de seda y el escaquin no permitia salir de los caminos reales. Al fin, los hombres sentaban el pie, pero las damas elevadas sobre dos tacones daban pasos peligrosos y parecidos á los de la gallina cuando escarba. Oprimidas ademas por una cotilla cruel, ¿qué ejercicio podian hacer, ni qué agitacion eran capaces de resistir? Tan perpetua era en ellas la cotilla, que habia madres de familia que criaban á sus hijos, dándoles el pecho por una pequeña trampa ó portezuela practicada en el peto de la cotilla misma, mientras las infelices criaturas apretando su rostro inútilmente contra las inflexibles ballenas, buscaban el calor del seno maternal.

Habia dia de tres metamorfosis en los caballeros. Capa y cofia á la mañana: á lo militar despues, y á la tarde de majo para ir á los toros. Para tan dulce recreo mezclábanse entre la plebe los mas graves personajes con montera malagueña. Y allí se divertian á silbar, ó se desgañitaban á pedir perros. Los teatros (llamados corrales con mucha razon) no ofrecian mayor moralidad ni menos alboroto. El silencio, decoro y compostura lo tenia reservado la gravedad española para las tertulias. Nada en efecto mas grave y patético que un *refresco*. Las damas en el estrado formaban una batalla inflanqueable, que no daba otro signo de sensibilidad que el movimiento acompasado de los abanicos. En otra paralela se hallaban los señores, tambien colocados por el orden de clases, dignidades y méritos. Como si allí se hubiesen reunido, no á solazarse, sino á escuchar la tremenda sentencia del valle de Josafat. Nada de música, nada de baile, nada de conversacion festiva ó interesante. Solo los jugadores de naipes, colocados en medio de la estancia, tenian derecho á gritar y decirse baldones, ó marcar á porrazos en la mesa el número de sus triunfos. Pero estos eran

pies fijos que jamás cedían su puesto, y cuya vida había sido un revesino de medio siglo. Concluida esta función, retiradas las familias á sus casas, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habían gastado en adornarse de ellas. Mientras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme crizon y escofieta, en la frente de su esposo se destruían baterías de rizos que se envolvían en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volumen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!

La última de las diarias ocupaciones ostensibles de nuestras mayores era la de dar cuerda á los relojes de faltriquera; y no era este pequeño ejercicio, porque cada individuo usaba dos, y cada uno con dos sobrecajas. Todo era duplicado en aquel feliz tiempo! Dos muestras, dos pañuelos, y dos cajas para el polvo.

Tal es el bosquejo de aquellas costumbres, inocentes cuanto se quisiera, pero formularias. El propietario, el mercader, el artesano, el pobre, el rico, el noble y el plebeyo, por fórmula entregaba su hijo al dómine; por fórmula se matriculaba el gramático; por fórmula emprendía una carrera; por fórmula se graduaba; por fórmula tomaba un uniforme; por fórmula se embarcaba para América, de donde volvía sin saber que había antípodas; y por fórmula en fin el mayor número de los hijos de familia se dedicaba á la profesion vitalicia de pretendiente en la Corte, gastando, encaneciendo y meditando la guía de forasteros. Pero la profesion mas formularia en trages, usos y modales ha desaparecido como el nenúfar y plantas agáricas por el cultivo. Tales eran los abates, objeto de tonadillas, de sainetes, de paisés de abanicos. Objeto de curiosidad, de admiracion y de entretenimiento para el bello sexo, como lo son las madrãgoras para los aprendices de botánica. El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, estudie el teatro de don Ramon de la Cruz, las poesías de Iglesias y los caprichos de Goya.

POESÍAS.

I.

SONETOS.

▲ LA PRIMERA VIOLETA DE LA PRIMAVERA.

Naces de planta inculta, flor modesta,
Con la viciosa zarza confundida,
Por el ingrato cierzo sacudida,
A la inclemencia del invierno espuesta.

Solitaria, olvidada, humilde, honesta,
Entre lóbregas nieblas escondida;
Nueva esperanza empero y nueva vida
Va en tu aroma al desierto, y es floresta.
A tu fragante olor rie natura,
Huye el genio del mal del yerto suelo,
Torna Céfito, Amor, Pomona y Ceres:
Anuncio de bonanza y de ventura,
De la aterida humanidad consuelo,
Y amable imágen de la virtud, eres.

Deslumbra al mundo el templo de la Gloria,
Do mil héroes contempla colocados,
Que en el bronce y el mármol entallados,
Le presenta la fábula ó la historia.

Carros de triunfo, palmas de victoria,
Trofeos sobre tumbas levantados
Son los funestos timbres destinados
A recordarnos su fatal memoria.

No allí el genio del bien á tí propicio
¡O Humanidad! se adora: en el olvido
Yacen, sin ser de reverencia objeto

Los fuertes, que invencibles contra el vicio,
En la humildad ó sobre el trono han sido,
Sócrates, Marco Aurelio y Epicteto.

¿Quieres vivir por el placer mecido?
¿Ver sentada á tu mesa la alegría?
¿Gozar cuando en el mar se apaga el día
Lecho, que el Dios del sueño haya mullido?
¿Que arregle la salud cada latido
De tu pulso, y conserve su armonía?
¿Qué contra el tédio y la melancolía
Tu pecho de Minerva esté asistido?
¿Quieres clavar la rueda á la fortuna?
¿La fama hacer volar de gente en gente?
¿Dar á la envidia el tártago amargoso?
¿Quieres en fin sin miedo á ley alguna
En leda holganza, y con serena frente
Del mundo disfrutar? sé virtuoso.